

RESSENYES

LÓPEZ-RUIZ, Carolina

When the Gods were born. Greek Cosmogonies and the Near East

Cambridge MS-London: Harvard University Press, 2010, 302 p.

ISBN 978-0-674-04946-8

El libro constituye una nueva aportación a la cuestión del influjo oriental en el mito griego, y más concretamente en las cosmogonías. Se ciñe a unos límites cronológicos y geográficos concretos, centrándose sobre todo en el ámbito sirio-fenicio y en las épocas oscura y arcaica, y de modo especialmente destacado en el llamado período orientalizante. Las evidencias del segundo milenio son también tomadas en cuenta; pero la autora deja bien claros desde el principio los límites de su investigación. Analiza los contactos entre el noroeste de las civilizaciones sirio-semitas, incluida la región de Cilicia, durante la época mencionada, tanto desde el punto de vista literario —analizando los paralelos en motivos y patrones míticos y épicos—, como arqueológico, sobre la base de las evidencias materiales del contacto comercial y social entre semitas y griegos en el período que abarca *grosso modo* los años 1000-600 a.C.

Los objetivos de la investigación se especifican en detalle en la introducción y en parte en el primer capítulo, que aborda las relaciones greco-fenicias. En la introducción plantea un cambio de enfoque en el estudio de las influencias mutuas entre mundo griego y civilizaciones del Oriente

Próximo: si hasta ahora el análisis se ha basado en la comparación de patrones míticos y motivos literarios, la autora plantea un enfoque más sociológico y antropológico que trascienda el mero hecho de los paralelismos narrativos y profundice en la incidencia de los contactos Oriente-Occidente en las cosmologías y concepciones míticas y filosóficas.

El primer capítulo recopila evidencias del contacto entre griegos y fenicios durante la primera mitad del primer milenio. A juzgar por la autora, este fue sin lugar a dudas mucho más intenso de lo que puedan sugerir las fuentes clásicas como Homero y Heródoto, en las cuales los fenicios aparecen a menudo como un pueblo semilegendario de hábiles navegantes y comerciantes, sobre la base de un estereotipo ya consolidado que sin duda simplifica y en parte tiende a ocultar el peso real del influjo fenicio en la civilización griega. La importancia de las rutas comerciales que unen Siria y Fenicia con las tierras griegas, y que abarcan una zona de influencia notable en áreas altamente helenizadas fuera de Grecia como Cilicia, Pamfilia y Chipre, está testimoniada de hecho ya desde la época micénica. Estas rutas tenían como

destino las islas de Rodas, Creta y Eubea, así como la Grecia continental, y ya desde el principio parecen haber tenido su prolongación hacia tierras italianas. No olvidemos la importancia del hallazgo de las primeras inscripciones griegas en la lejana Pithecusas. La adopción del alfabeto fue precisamente el ejemplo más conspicuo de la transferencia del saber tecnológico entre fenicios y griegos. Sin embargo, este no es sino un ejemplo de los múltiples intercambios cuyo alcance es difícil de calibrar por la escasez de pruebas materiales. En el sentir de López Ruiz, el acervo mítico e ideológico que tradicionalmente ha sido considerado influjo oriental en Grecia se habría desarrollado en su mayor parte a lo largo de este canal comercial y ya en la edad del hierro, hasta llegar a su culminación, en el llamado período orientalizante. La autora recurre a una hipótesis formulada previamente por Burkert y también aceptada por West: la itinerancia de sabios, profetas, curanderos y magos fue de suma importancia para la transmisión de las cosmogonías orientales. Personas de oficio ofrecían sus servicios en distintas ciudades y en diferentes lenguas, hecho que habría facilitado la transmisión de creencias míticas, religiosas y filosóficas de unos pueblos a otros. Atribuye la falta de testimonios literarios a la oralidad y al silencio (*damnatio memoriae?*) que la cultura clásica grecorromana impuso a la civilización fenicia en general. El capítulo primero tiene, pues, un carácter programático, y el objeto de los capítulos sucesivos es el desarrollo de la argumentación que culminará en la tesis principal.

En suma, el libro está estructurado de forma metódica con una exposición y una formulación de hipótesis bien desarrolladas en la introducción y el primer capítulo, una argumentación que transcurre a lo largo de los capítulos 2-4 y una conclusión en el capítulo 5, que no sólo recoge de manera más sucinta las ideas que han ido apareciendo, sino que analiza el sentido sociológico de la difusión de cosmogonías diversas de

patrón oriental en suelo griego, más allá del valor literario otorgado a Hesíodo por las fuentes clásicas y de la dicotomía tradicional entre «lo griego» (de origen indoeuropeo) y «lo oriental».

El segundo capítulo, «Hesiod's *Theogony* in context», actualiza una cuestión ya tratada *in extenso* durante los últimos cincuenta años por grandes nombres de la filología, West, Walcott y Burkert, entre otros. Sin embargo, el planteamiento de la cuestión es novedoso: a partir de la doble invocación a las musas del preámbulo del poema traza una serie de vínculos ideológicos y literarios entre la *Teogonía* y la literatura semita. Así, por ejemplo, la consideración del poeta como un elegido de las musas, un personaje que participa en parte del proceso de fabulación que él mismo crea y desempeña un papel mediador comparable al que podemos apreciar en la literatura cananea. La autora aporta, además, algunos paralelos bíblicos. En este aspecto teje una brillante elucubración a partir del verso 35 del poema y la referencia al «árbol y la piedra».

En el capítulo tercero, «Greek and Near Eastern Succession Myths», parte nuevamente de la *Teogonía* hesiódica, se ocupa de los mitos de sucesión dinástica divina y sus paralelos orientales. De acuerdo con su planteamiento programático, otorga un mayor peso a la literatura cananea y a los referentes bíblicos. Remarca la relevancia de la teogonía fenicia transmitida por Filón de Biblos y ofrece una panorámica sucinta de los casos hurro-hitita y babilonio. Con muy buen criterio, evita al lector una larga discusión sobre este último aspecto, que ya ha sido tratado profusamente en la bibliografía al uso. De acuerdo con su hipótesis inicial, continúa centrándose en el área sirio-fenicia como crisol de tradiciones teogónicas que aglutina elementos babilonios y hurritas y que posteriormente los difunde hacia otras zonas, principalmente el Mediterráneo oriental y el Egeo, siguiendo las rutas comerciales. La aportación más interesante de López Ruiz en

este capítulo es el análisis exhaustivo de la figura de Cronos y su equivalente cananeo El. Este titán, que una vez destronado ocupa una posición marginal en el mito griego en general y en la teogonía hesiódica en particular, parece haber sido una divinidad con una presencia notoria en el culto religioso en zonas de cultura semítica y griega. Divinidad asociada al calendario y a los ritos agrarios de celebración del año nuevo, es en Fenicia un dios relegado pero presente, que en algunos textos ugaríticos parece conservar un poder igual o superior al dios supremo Baal. El correlato sería el Cronos griego considerado como gobernante de los Campos Elíseos.

El papel tan importante de la figura de Cronos es retomado en el capítulo cuarto, que trata de la compleja cuestión de las cosmogonías órficas. López Ruiz aborda tan nebuloso tema con valentía, pero con todas las reservas que la escasa y en general tardía documentación aconseja. La figura de Cronos y sus connotaciones temporales y anuales son centrales en su defensa del estrecho vínculo entre esta divinidad y El, mucho más apreciable en las tradiciones órficas que en la versión consagrada de Hesíodo.

El capítulo quinto, «Cosmogonies, Poets and Cultural Exchange», concluye el libro analizando los canales de transmisión de las cosmogonías en todo el Mediterráneo oriental. Analiza la figura del poeta, ligada al poder político y religioso en el Próximo Oriente. El uso de las cosmogonías desde los círculos de poder se justifica como una forma de control del mundo: el conocimiento otorga poder; conocer y difundir los mitos sobre la creación del mundo es una forma de ejercer ese poder. El poeta, pues, es una figura crucial en el plano teológico y, en consecuencia, también en el político. Ello parece bastante claro en el caso de Ugarit. En la literatura bíblica ese habría sido el papel desempeñado por los profetas. López Ruiz plantea como hipótesis la posible adscripción de Hesíodo a este perfil profesional, la del poeta vinculado al poder

o a un determinado poder, transmisor del saber cosmogónico. La peculiaridad compartida por griegos y semitas que, a su vez, diferencia a estas dos culturas del resto del contexto geopolítico reside en el hecho de que las cosmogonías no son transmitidas por burocracia palaciega, sino por tradición oral posteriormente recopilada por escrito, proceso en el cual los poetas-profetas tuvieron un protagonismo indiscutible. En este punto, López Ruiz retoma una idea ya formulada previamente por Grottanelli, a quien cita. La transmisión de las cosmogonías se circunscribe a la tradición secular del saber antiguo, que incluye también máximas morales, oráculos, mitos vinculados a fiestas y rituales y también conocimientos prácticos (es inevitable pensar en *Los trabajos y los días*, nos recuerda también López Ruiz).

Al final del libro se incluye un apéndice excursivo sobre el motivo del árbol y la piedra sagrados en Levante y en Grecia, la bibliografía, un índice de pasajes citados y el índice general de términos. Las notas, abundantes y bien documentadas, no van a pie de página sino al final, según criterio editorial habitual del ámbito anglosajón.

El libro, pues, no se limita a actualizar la cuestión de los vínculos greco-orientales en el marco de las cosmogonías. No está planteado como un manual (aunque también puede ser leído como tal), sino que parte de una voluntad expresa de avanzar e innovar. La manera como plantea la cuestión, formula las hipótesis y llega a las conclusiones es coherente. La argumentación es rica en ideas y ejemplos siempre ilustrativos. La autora domina un rico acervo de fuentes antiguas de varias culturas y en varias lenguas. La bibliografía citada también es profusa, más que suficiente y plenamente actualizada. Sin duda, este será a partir de ahora un libro de referencia sobre la cuestión.

Suponemos que, respondiendo a criterios editoriales, los textos transcritos no se dan en lengua original sino en traducción. Algunas citas breves y puntuales se dan en

griego y en transcripción del cuneiforme alfabético ugarítico, así como del hebreo para las citas de la Biblia. La transcripción del griego combina la forma latinizada para términos ya consagrados con la transliteración directa griego-inglés como criterio general. Ello es un tanto desconcertante. Así, por ejemplo, citando obras de Platón, transcribe Euthyphro (forma latinizada); pero, en cambio, Kratylos (¿por qué no Cratylus, según el mismo criterio?). Para la transcripción de la letra *X*, fluctúa *kh/ch*: Philokhoros/Chronos. La notación de expresiones en lenguas extranjeras no ha sido bien revisada: ἄτηρ φιλότετος (p. 89, *sic*); *traduttore*, ‘*tradittore*’ (p. 16, *sic*). Estas minucias gráficas son siempre fruto de la falibilidad humana sin más importancia, pero convendría rectificarlas en una eventual reedición para que la excelente factura del libro no se vea disminuida por simples errores de corrección editorial.

Para concluir con esta revisión, plantearemos algunas objeciones con el objeto de contribuir al debate y sin ánimo de devaluar un libro que, como ya hemos dicho, está llamado a convertirse en una obra de referencia en lo sucesivo.

En primer lugar, trabajar con el texto de Filón de Biblos, transmitido indirectamente por Eusebio de Cesarea en la *Preparatio Evangelica*, es siempre arriesgado. López Ruiz es plenamente consciente de ello y se previene y anticipa a tal objeción. Creo, sin embargo, que es preciso hacer notar, como ejemplo ilustrativo, que el tema de la castración de Cronos/Kumarbi puede ser un motivo específicamente hurrita transmitido a Grecia sin mediación semítica. En Filón puede ser influencia hesiódica y no se conocen antecedentes en textos ugaríticos (la autora misma lo advierte). Precisamente, en la zona del sudeste anatolio los hurritas entran en contacto con otra gran civilización del Bronce, los luvitas. La cultura luvita, mal conocida por la escasez de textos, es tratada muy tangencialmente en este libro; pero no debemos olvidar que seguramente se extendía por todo el sur y

oeste de Anatolia, y que los contactos entre luvitas y griegos micénicos parecen haber sido muy intensos en el segundo milenio. La influencia anatolia no hitita (presumiblemente luvita) en el léxico griego (principalmente en la toponimia) es considerable. En cambio, la huella semítica en la lengua griega y viceversa no parece haber sido tan significativa como para reconocer un influjo tan acentuado, a pesar de que se ha identificado una lista de préstamos nada menospreciable, recogida y comentada por West en *The East face of Helicon*, y López Ruiz nos recuerda el origen semita de algunos nombres míticos como Cadmo, Tiro y Salmoneo. En cualquier caso, esta vía de investigación ha de dar todavía muchos frutos. Sin ningún lugar a dudas necesitamos un conocimiento más profundo del adstrato semítico en la lengua griega para calibrar con más precisión la magnitud del influjo debido a contactos comerciales y sociales.

En cuanto al papel de la tradición oral en la difusión de las cosmogonías, cabe decir que también aquí nos adentramos en un campo abonado a la especulación. Ciertamente, como advierte la autora, tenemos ejemplos de transmisión paterno o maternofilial de mitos, y podemos atribuir un alto grado de ejemplaridad al motivo de la nodriza extranjera que cuenta mitos a los niños. Pero de estos pocos ejemplos es difícil extrapolar una dinámica generalizada de transmisión oral de cosmogonías en el ámbito familiar. Es preferible no sacar dicha transmisión del contexto especializado y profesional de los aedos, vates o como quiera llamarse a este colectivo de *demiourgoí*. Es más asumible la existencia de aedos bilingües o políglotas que actúan en zonas de frontera como son las ciudades costeras de Asia Menor, con sus ciudades de población mixta (pensemos, por ejemplo, en Mileto, llamada Milawata o Milawanda en las fuentes anatolias), que el flujo continuo de poetas semitas en Grecia, por muy intenso que fuera el comercio. Sin duda, en dichas ciu-

dades el contingente semita debía ser muy inferior al anatolio (Iuvitas en el segundo milenio y sus descendientes en el primero: carios, licios, lidios, etc.).

Cabe objetar también que difícilmente podremos conciliar el perfil de Hesíodo como poeta estrechamente vinculado al poder con la visión del poder mismo que el poeta nos ofrece en *Trabajos y días*. López-Ruiz no aborda esta cuestión en

profundidad. Habrá que esperar a resultados futuros de esta vía de investigación tan interesante.

Joan Pagès Cebrian

Universitat Autònoma de Barcelona



WECOWSKI, Marek

The Rise of the Greek Aristocratic Banquet

Oxford: Oxford University Press, 2014, 400 p.

ISBN 978-0-19-968401-4

L'autor d'aquesta monografia es proposa de descriure el naixement i el desenvolupament del simposi grec d'època arcaica a través d'una anàlisi combinada de textos literaris, textos epigràfics i restes arqueològiques. No es tracta de resseguir la institució del simposi al llarg de les diferents èpoques gregues, sinó que el seu focus se centra en la seva manifestació peculiar entre les elits del final de l'època geomètrica i l'inici de l'arcaisme. És per això que, per exemple, el banquet micènic no hi és pràcticament tingut en compte. Únicament els banquets aristocràtics d'aquest període i fins a entrada l'època clàssica constitueixen per a l'autor els exemples de simposi grec tal com ell el defineix: uns banquets marcats per la tensió entre la igualtat dels participants i la competició interna.

La metodologia per aconseguir aquest objectiu és retrospectiva. En la primera part, «Defining the Symposium», l'autor cerca una definició del simposi de les èpoques arcaica i clàssica a partir dels textos literaris o epigràfics i les restes arqueològiques, per desenvolupar en la segona part, «The Symposium and History», una recerca històrica inversa fins a arribar als segles IX-VIII a.C., moment que ell considera de naixement del simposi grec tal com ha deixat definit.

La primera part d'intent de definició del simposi comença amb el capítol «Early Greek Aristocracy and the Symposium» (p. 19-81). L'autor hi descriu l'estatus de l'aristocràcia de la polis grega com a inestable, que es troba en la necessitat d'una autoafirmació constant. A continuació fa un repàs dels diferents elements d'un simposi que les fonts ens transmeten, per concloure que el banquet aristocràtic a l'època arcaica té efectivament la funció principal de definir el grup dels aristòcrates, així com les funcions complementàries d'inclusió i d'exclusió de membres del grup.

En el segon capítol «Towards a Definition of the Symposium» (p. 85-124), s'hi repeteixen alguns dels elements del capítol anterior per després centrar el focus en el que l'autor defineix com antisimposis i que són les festes de Les Antestèries a Atenes, el ritual cretenc de l'*andreaia* i la *syssitia* espartana. És al final d'aquest capítol en què l'autor facilita una llista dels elements que considera imprescindibles per parlar de simposi. A més de la ja esmentada igualtat rigorosa entre els participants, combinada amb un principi competitiu intern, les característiques principals d'un simposi grec que l'autor enumera són la divisió estricta entre menjar i beure, el fet que se celebren durant la nit i que siguin de llarga